

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

## ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—  
La rosa y la niña, poesía, por A. F. G.—Leontina,  
por Matilde Bourdon.

### EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

#### CARTAS Á JULIA.

*Continuacion.*

Oh! madres, la borrasca se aproxima, la desorganización se aumenta: cojed las tiernas almas de vuestros hijos y escondedlas en el santuario de vuestro corazón, para inundarlas allí de amor divino, y que este sea su bautismo, sea el agua milagrosa de aquel río, que hizo á Aquiles invulnerable contra las sectas enemigas...!

¡Oh vosotras que os habeis estremecido de alegría al oír el primer vagido de los rubios ángeles que duermen en vuestro regazo; vosotras que habeis adivinado las alegrías del cielo al hallar sus primeras miradas, al contemplar sus primeras sonrisas, acudid en nuestro auxilio: agitada con nosotras esa bandera hermosa, cuyo lema es amor, paz, fraternidad; pelead por ellos, venced por ellos, sucumbid por ellos, si es preciso, que es muy bello morir por una noble causa!

Y cuando desfallezcáis en la lucha contra el egoísmo, contra el interés, contra las malas pasiones, pensad en el porvenir de vuestras hijas, no esclavas, no oprimidas, pero sí menospreciadas, pero sí sucumbiendo bajo el peso de la glacial indiferencia, del humillante olvido; de vuestras hijas, esposas elegidas por interés ó por capricho, nunca por amor, nunca por estimación, y relegadas luego á los salones, cuyo adorno constituyen como una estatua, como un cuadro; á los salones, adonde ellos se desdeñan de concurrir, ó agrupadas en torno del hogar doméstico, yermo y solitario,



en donde no se ve mas que ceniza!

Ídolo de barro, cubierto de oro y pedrerías, que los falsos sacerdotes de la antigüedad mostraban á la veneracion del vulgo, y que luego pisoteaban y escupian en el secreto del santuario! Esto es lo que serán mañana vuestras hijas.

Pero cuando los hombres las vean revestirse de nuevo con el manto severo de las virtudes, cuando se persuadan que sus mas insignificantes flaquezas pueden influir en la prosperidad de su casa, de su familia, de su fortuna, de su patria, de esos grandes intereses que tanto les preocupan, entonces no buscarán á la esposa por el dote ó la frívola hermosura, entonces la buscarán por sus merecimientos, y á la que obtengan el dictado de buena la elevarán templos y altares, y quemarán incienso ante sus aras, y procurarán arrancar de su corazon el gèrmen de los vicios, para ser dignos de que la divinidad fije en ellos sus miradas.

La abuela se interrumpió de improviso, soltando una franca y sonora carcajada.

—Hé aquí lo que somos las mujeres, repuso; siempre dejándonos arrebatados por la fantasía á otros terrenos mas nobles y elevados; siempre dejándonos arrastrar por el sentimiento de lo finito á lo infinito, de lo material á lo espiritual, á lo sublime. Estaba hablando de la ropa blanca, y pienso en regenerar el universo!

Los hombres creen que esta aparente volubilidad, revela poca firmeza en las ideas: yo no pienso así, Enriqueta. Yo creo que el alma de la mujer es la encarnacion de la belleza indescriptible é indefinida, y cada cosa por insignificante que sea, se colora con el reflejo de la luz interior, de la llama celestial que forma su misma esencia.

Los hombres, generalmente, detrás de un átomo de polvo ven un átomo de polvo, nosotros vemos el encadenamiento de todos los seres de la naturaleza, y nos remontamos hasta Dios. Así ellos pueden estudiar las matemáticas y encañecer buscando la solucion de sus problemas, nosotras nos detendríamos al primer cálculo y arrojaríamos la pluma, al

ver que todas aquellas cifras inmóviles y heladas, no nos daban por suma ni un átomo de amor, de poesía y de belleza.

¿Qué nos hablan todas esas mujeres estúpidas de emancipacion, de igualdad de derechos, de igualdad de aspiraciones? ¿Qué es lo que nos hablan de gobernar Estados, de indagar los arcanos de la ciencia? Necias! ¿No ven que nuestras mas sabias combinaciones se desvanecerian á una sola palabra de amor? ¿qué á cada latido de nuestro corazon se tambalearia el universo? ¿qué al soplo de nuestras pasiones se apagaria mil y mil veces la vacilante antorcha de la ciencia?

Ah! vosotros los hombres llamais orgullosas á las que proclaman esta quimera, y no son mas que vanas y petulantes! Si fueran orgullosas ¿qué les importarian la posesion de vuestra raquítica tierra, pudiendo espaciarse en los cielos? ¿qué les importarian vuestras reyertas de pigmeos, cuando pueden avasallar el espíritu y abrazar el infinito?

No, la mujer no es igual al hombre; no, la mujer no tiene los mismos derechos que el hombre; la mujer no puede albergar las mismas aspiraciones que el hombre; no, mil veces no! Porque su esencia es distinta de la de este, porque es su complemento, porque es la parte divina que se une á la parte material, para formar ese todo maravilloso y sublime que se llama rey de la creacion é hijo primogénito del cielo.

Pero no es solo la fuerza fisica la que nos falta para ser hombres, es tambien la fuerza moral; es decir, no la fuerza tal vez de acometer grandes empresas, no la de emprender estudios sérios y profundos, sino la de resistir á la compasion, á la ternura, á la justicia, á la virtud!

(Continuará.)

Angela Grassi.



## LA ROSA Y LA NIÑA.

En su trono de esmeralda  
una rosa se mecía,  
de un monte bajo la falda,  
luciendo rica guirnalda  
de soberbia pedrería.

De la brisa los arrullos,  
en suavísimo desmayo  
y con languidos murmullos,  
la besaban los capullos  
que eran hijos de su tallo.

El céfiro en su embeleso  
la enamoraba al moverla,  
y de amor en el exceso  
siempre que la daba un beso  
la arrebatava una perla.

Bordaba en sus tintas rojas  
gotas de llanto el amor,  
y con languidos congojos  
iba cerrando sus ojos  
trémulas por el dolor

Una niña hermosa y buena  
bella cual soñada hurí,  
la vió de lágrimas llena  
y la dijo—flor amena  
¿por qué suspiras así?—

El aura con vuelo blando  
dulce aroma repartía,  
enamorada cantando,  
mientras que la flor llorando  
así á la niña decía:

—Sola al despejar me miro;  
en la montaña verdosa  
sola estoy y sola espiro;  
yo nací con el suspiro  
de una brisa y de una rosa.

Soy la modestia! mi anhelo  
busca de Dios el temoro:  
mi mundo no está en el suelo;  
he nacido para el cielo...  
no encuentro mi patria y lloro—

Dijo así la flor hermosa  
que ya marchita espiraba,  
mientras que una mariposa  
con la esencia de la rosa  
hacia los cielos volaba.

A. F. G.

## LEONTINA,

POR

MATILDE BOURDON.

(CONTINUACION.)

X.

ENMIENDA.

La obra del cielo no quedó incompleta. Juana fué recobrando la vida poco á poco, y su madre pudo contemplar día por día los progresos de la convalecencia. A medida que la curacion de la niña adelantaba, la curacion moral de la madre se hacia tambien mas sensible; la gratitud y el temor sellaban á la vez las determinaciones que habia tomado: habiéndole Dios devuelto á su hija, ¿no era justo que le amase? Como Dios se la podia tambien quitar, ¿no eran de temer las consecuencias de no serle fiel? Con estas consideraciones su corazon se derretia en un dulce sentimiento de gratitud, gustando ya de los primeros efectos de la gracia y de los divinos preludios de la conversion. empezaba á amar á Dios, se arrepentia de no haberlo amado siempre, y las lágrimas que derramaba revelaban un goce purísimo que hasta entonces no habia conocido.

Leontina escribia en su libro de memorias, que ocultaba á todos:

«¡Qué cambio en mí misma! Verdaderamente es obra de Dios trasformar así un alma, hacerle amar lo que habia olvidado, lo que hace pocos instantes desdeñaba; hacerle aborrecer sus apetitos funestos, sus goces seductores y peligrosos en que antes se recreaba, para resolverse á





Cumplir seriamente sus deberes y abrazar con gusto los trabajos y el sacrificio. Tal es el estado actual de mi alma: me parece que para ser fiel á Dios, para darle pruebas de amor, ninguna violencia tengo que hacerme. ¿No es Él por ventura mi soberano Bienhechor? Sí; el mismo Señor que en otro tiempo se enterneció con el llanto de la viuda de Naím, me ha visto llorar y se ha compadecido de mí. ¡Por esto debo ser suya para siempre!

«Durante la larga convalecencia de Juana he tenido ocasion de leer junto á su cama un libro desconocido para mí, que he saboreado con delicia. El Evangelio. ¡Cuan bueno es el Señor para todos! ¡cuan amable con los pecadores y los desgraciados! Yo he llorado con Magdalena tan querida, me he sonrojado con la mujer adúltera, he dicho con el buen ladrón sobre la cruz: ¡Señor, acordaos de mí en el Paraíso!

«Mi esposo me ha dejado completamente libre de entregarme á esta clase de lecturas. Desde que Juana está fuera de peligro, ha vuelto á su modo de vivir acostumbrado, apartándose de la presencia de la hija cuya pérdida lloraba tan amargamente. Mas... ¿debo por esto reprenderle? ¿Acaso no la habia abandonado yo también? ¿Y porqué? ¡Ah! ¡Me salen los colores al rostro con este recuerdo! Dios me ha guardado; pero cuanta necesidad tengo de purificar mi corazón con la humildad, el arrepentimiento y la oración para lograr la perseverancia. Temo hablar á René de confesion, y sin embargo la deseo vivamente. Anhele el día en que me habré reconciliado con mi Dios, con mi buen Padre, que me espera para abrazarme al regresar á su casa, de la que, como el hijo pródigo, me habia locamente separado.»

«Abril 18

«Mañana.... tengo miedo.... Dios mio, ¡dadme valor!

«He dicho á René que queria hacer mi confesion pascual (¡ay! no me atrevo á pronunciar delante de él la palabra conversion, pues no la comprenderia, y si por acaso la comprendiese demasiado, ¿que diria yo entonces?) Él me ha dejado decir; luego encogiéndose de hombros me ha contestado:

—«¡Bueno! Es una bobería que da gusto á las mujeres.

—«Pero, René, ¿no ves cuán bueno ha sido el Señor con nosotros devolviendo la salud á nuestra hija?

—«Ya, mas tú no cuentas con el Dr. Guenot, con las medicinas del farmacéutico, con la fuerza

vital de Juana, con la reaccion de la naturaleza. Esto seria demasiado vulgar, y las mujeres buscan la novela en todas partes. Así te pasa á tí, mi pobre Leontina.

«Tuve deseos de contestar con acritud á esta chanzoneta, pero me contuve pensando que debia prepararme al grande acto de mañana con un pequeño sacrificio. Además ¿qué derecho tengo yo, pobre neófita, á mirar con desden una incredulidad de que ayer mismo participaba? ¡Dios mio! ¡Iluminadle á él y sostenedme á mí!»

«Abril 19

«Sí, lo repetiré toda mi vida: ¡sois bondadoso, Dios mio, y vuestras misericordias son inefables! Llenais de goces celestiales el alma del pecador arrepentido, inspirais á vuestro ministro palabras más consoladoras que las que una madre dirige á su hijo, y estas palabras están apoyadas en una autoridad tan importante como amorosa. Cuando esta mañana he dicho de rodillas en el santo tribunal:

—«Cinco años hace que no me he confesado... el sacerdote me ha contestado:

—«¡Bendito sea Dios que hoy os ha conducido hácia sí! Estas palabras han penetrado hasta el fondo de mi alma, y la confesion de las faltas de toda mi vida se han dealizado de mis labios casi sin esfuerzo. Convencida de que no hablaba á un hombre, sino al mismo Dios, me sentí animada de la mayor confianza. Derramé abundantes lagrimas, tuve (y tendré siempre) un dolor profundo, no por confesar tantas faltas, tantas infracciones de la ley divina, tanto bien perdido, tantos malos deseos, sino por haber ofendido á un Señor tan grande, tan bueno, y á quien tan tarde he conocido, pero á quien consagraré mi vida entera para amarle...

«¡Oh! Si pudiese recobrar la candidez y la inocencia de la primera comunión!»

«Abril 19

«El día de hoy ha sido el más feliz de mi vida pero yo no sabria explicarme. Hay impresiones que no pueden expresarse con palabras. ¡Dios mio! ¡Muera yo mil veces antes que volver á ofenderos! Guardad á mí hija bajo la sombra de vuestras alas, haced que crezca en vuestro amor y si mis pobres oraciones no son dignas de ser escuchadas, no desoiréis, Señor, á esta inocente que ruega por su padre y por mí!»

«Mayo 18

«En este día he tenido ocasion de ofrecer á mi Salvador una pequeña mortificacion que por cier-



to tenía bien merecida. De un año acá, desde que me entregué locamente al mundo, mis gastos de tocador habían aumentado considerablemente, derrochando sin medida y sin llevar cuenta de ello, y abusando así de la confianza que René tenía en mí depositada.

«Acababa de recibir la cuenta de la modista. Era espantosa, pues acusaba todo un pasado de locuras, Echela avergonzada al fondo de mi papelera, pero no por eso dejaba de tenerla presente en la memoria. En fin, esta mañana he tomado la resolución de confesar mis derroches á mi marido, conformada á sufrir sus sarcasmos y re- criminationes. ¡Ni unos ni otras me han faltado! Se ha irritado, y como no le contestase, me ha llamado hipócrita. ¡Ah! Deseos he tenido de volver injuria por injuria, cargo por cargo, sarcasmo por sarcasmo; pero me he dicho á mí misma que merecia todo esto y mil veces más. ¿Por ventura mi corazon no ha sido profanado con un afecto mundano?... Y sin embargo, he escapado de las severísimas y justas acusaciones que con tal motivo podia haberme dirigido... No habia, pues, motivo alguno para incomodarme; por esto he confesado ingenuamente desde el fondo de mi alma que he sido gastadora, derrochadora y he prometido como los niños que no lo seria más.

—«Vas, á volverte devota, me ha dicho René; verémos si ahora me arruinas con devociones, despues de haber derrochado mi dinero con flores y adornos.

—«Amigo mio, he contestado, en adelante no gastaré más que lo que tú me permitas.

—«Esto te será tanto más fácil, cuanto en lo sucesivo no tendrás mas á tu disposicion el fondo destinado á los gastos caseros; has abusado de mi bondad, Leontina.

«Al oir estas palabras, acentuadas con acritud, lo confieso, no pude contener las lágrimas.

«¡Ah! Si en esta ocasion me hubiese tratado con bondad, ¡cómo hubiera reconquistado mi corazon, facilitando el cumplimiento de mis deberes! ¡Pero! cuidado! Como tengo dicho, esta severidad en apariencia fuera de propósito, es, como Dios sabe, muy poco, atendidas mis locuras pasadas; y sea cual fuere la conducta de René, yo tengo para con él un doble deber que se encierra en estas dos palabras: amor y reparacion. Sufiré indudablemente, estoy divisoando la cruz, signo de salvacion, en un próximo porvenir... ¡Que! En todas mis penas, en todas mis luchas y aflicciones, ¡no tengo en el cielo un Amigo que me atiende?... ¡Valor!»

X.

Teresa y Julia.

Existe para las almas que se entregan generosamente á Dios, sobre todo para aquellas que vuelven á El despues de haber andado descarriadas años enteros, una especie de primavera deliciosa cuyo recuerdo no se borra jamás. La luz divina resplandece y no deja nada oscuro; la savia de una virtud naciente circula en el corazon y le comunica un valor hasta la sazón desconocido; la oracion, los actos de la vida cristiana, tienen un sabor que ningun placer mundano es capaz de alcanzar; nada empalaga, nada pesa, todos los sacrificios parecen ligeros; la idea de Dios siempre presente, comunica al alma una energia irresistible, y el amor divino derrama sobre ella ondas de paz que la inundan y embriagan. Leontina gustó en su plenitud esta dicha inefable, y despues de haber andado errante largo tiempo por el desierto, descansó en este oasis de flores y de aguas vivas, sentándose en la fresca sombra regalada con el canto de las aves. ¡Cuál no será la patria si el destierro es tan ameno!

En esta situacion se experimenta una necesidad irresistible de esparcimiento y de comunicacion, para hacer participes á los demás de la dicha propia. Hay mucho que referir, porque todo es nuevo; hay necesidad de consejos y de apoyo, por que se anda por un camino desconocido, hay que hablar, porque el corazon se desborda.

En momentos semejantes seria cuando David, tomando un arpa por confidente, exhaló sus más bellos cánticos; cuando extasiado de gratitud y de alegría cantó aquel salmo admirable que despues de cerca de tres mil años todavia nos hace estremecer: *Dad gracias al Señor porque es bueno, porque su misericordia es infinita; dad gracias al Señor de los Señores, porque es eterna su misericordia.*

Este himno parece destinado á los corazones celestiales, y esparce torrentes de poesías, no obstante la reproduccion de las palabras: el amor no tiene más que una palabra: palabra que no cansa por más que se repita. El himno de David es la palabra de un corazon colmado de la gracia,

Leontina encontró tambien un alma amiga con quien desahogarse: allí estaba Teresa, que habia gemido tantas veces viendo á la compañera de su infancia entregada al mundo, y que al



presente se regocijaba con los Angeles del cielo de su regreso á la casa del Señor.

Teresa nunca perdió de vista la santa ley de Dios; habia adquirido los hábitos de la vida cristiana, y por esto, á pesar de su juventud y sencillez fué para Leontina un guia seguro. Leontina se entregaba á la piedad, cuyas dulzuras experimentaba con todo el ardor de su alma: hubiera querido orar siempre, tomar parte en todas las buenas obras: tenia sed de penitencia y de soledad: su misma naturaleza, excediéndose á la obra de la gracia, la incitaba á partidos extremos que con facilidad conducen al sinsabor y á la ociosidad. Teresa con su ejemplo más bien que con sus palabras mitigaba y moderaba aquel arder, dándole á entender con la persuasion y el buen ejemplo como debe conducirse en este mundo una mujer cristiana. Teresa era una tierna y amable esposa. Abriendo el corazon á su marido se ocupaba sin cesar en agradarle y procurar su felicidad, y como la verdadera virtud á todo atiende, podria decirse que no habia casa mejor cuidada, ni familia que viviese más tranquila.

Sus tres pequeños hijos estaban educados con tanta vigilancia como cristiana solicitud, mirándolos como un depósito que Dios le habia confiado, y amándolos cual su misma sangre, cual su propia vida. Oraba mucho, visitaba los pobres de su barrio, formaba parte de varias asociaciones piadosas, y no por esto dejaba de atender á los deberes sociales, sin agitacion ni inquietud.

—¿Como te gobiernas? deciale Leontina. Tú cuidas la casa, tú estás cosiendo sin parar por tus hijos y por tus pobres; tú eres una parroquiana modelo, tu haces visitas siempre que conviene, y nunca estás agobiada. ¿Será que tus dias tengan cuarenta y ocho horas?

—¡Ojalá! dijo Teresa sonriendo; esto me convendría á mí; pero todo se arregla distribuyendo el tiempo. Mira: me levanto temprano, voy á Misa, me encomiendo á Dios y reuno los pensamientos que puedo para el dia; despues vuelvo á casa, arreglo mis gastos, doy mis órdenes, hablo con mi marido y procuro hacerlo todo sin dejar de trabajar. No perder un minuto: hé aqui el gran secreto de mi piedra filosofal. Trabajo siempre, aun cuando hago leer y escribir á mis hijos, y despues de almorzar siempre me queda una hora libre que invierto, parte en vér á mis amigas, parte en visitar á algunos pobres: la velada la pasamos deliciosamente en familia, y es muy raro que salgamos, ya para hacer alguna visita, ya para ir á escuchar algun sermón.

—Eres muy feliz, Teresa, respondió Leontina

con un suspiro; tu marido comparte contigo todas las cosas.

—Es verdad, mis padres al casarnos tuvieron muy en cuenta esta simpatía.

Leontina suspiró otra vez, y se acordó de las palabras de su tia.

—Pero tus criados, repuso despues de un momento de silencio; ¿cómo te gobiernas con ellos que al parecer nunca te dan que sentir.

—De todo hay, querida; pero hago lo posible para corregir de sus defectos á las muchachas que me sirven, y además procuro apartar de mí misma lo que pudiera serles desagradable.

—¡Me admiras! ¿Que hay en tí que pueda serles desagradable?

—¡Mis propios defectos! contestó con viveza la amiga de Leontina, Por ejemplo, estoy poseída de cierta actividad natural que mortifica á los demás; trabajo bastante aprisa, y quisiera que los dedos de mi camarera fuesen mas ágiles, los piés y los ojos de mi cocinera más diligentes: les doy prisa, y les fatigo; pero procuro moderarme, y encuentro que pidiéndoles menos obtengo más.

—¡Eres feliz! dijo otra vez Leontina, pues te has acostumbrado á vencerte á ti misma: á mí me cuesta gran trabajo dominar mi mal humor, y eso que quisiera hacer grandes cosas por Dios.

—Contentémonos con las pequeñas, y hagámoslas bien, dijo Teresa.

—Envidio á las religiosas, cuyas almas, unidas á Dios con una vida perfecta, hacen tantas buenas obras y se entregan á tantas mortificaciones.

—Créeme, no necesitas buscar modelos fuera de tu propio estado. Imita á la virgen en Nazaret, piensa en santa Isabel de Hungría, tan amable con su marido, ó en santa Francisca de Chantal, que restableció la tranquilidad y el bienestar en su casa á fuerza de ingenio y paciencia: he aquí nuestros modelos.

—Quizás tienes razon.

Estas conversaciones, que como dijimos iban acompañadas del buen ejemplo, producian su fruto. Las dos amigas iban juntas á visitar algunos pobres, llevándoles algun socorro y muchos consuelos. Allí, en aquellas buhardillas estaba Teresa en su elemento; poseia al aparecer la llave de los corazones, se atraia las voluntades y ganaba la confianza de los indigentes con su palabra franca y cariñosa.

Nada repugnaba á su caridad: un dia Leontina la sorprendió arreglando la alcoba y haciendo la cama de una pobre mujer enferma.

—Van á traerle la santa Comunión, dijo Teresa á su prima, colocando en unos vasos dos ramilletes de rosas encarnadas.



La caridad de Teresa se fundaba en su fé. Leontina se esforzaba en imitarla; pero llevada de su ardor, queria obtener demasiado de aquella pobre gente, cuyo cuerpo abatido encierra por lo regular un alma endurecida: ella habiera deseado con un golpe de varilla hacer cristianos: no así Teresa que acudia á la paciencia y á la bondad.

—Es necesario ganarlos, decia, y no comprarlos.

¡Están como adormecidos en la materia!

Sufren mucho, y esto les excusa; hagámosles bien y démosles buen ejemplo, esto será el mejor medio.

—¿Lo crees así? Y en cuanto á René, ¿qué harías en mi lugar?

—Procuraria hacerle feliz, á fin de conquistarlo para Dios.

—Es difícil! contestó Leontina: Le importa tan poco la dicha que yo pueda darle!

—La dicha es rara, mi pobre amiga, dijo Teresa con expansion; pero te queda Juana.

—Sí, Teresa, me ha quedado Juana, á quien amo como un tesoro que se posee por poco tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, pero me parece que el Señor no ha hecho más que prestármela.

Teresa trató de distraerla de este pensamiento triste, y cuando hubo conseguido que apareciese en el rostro de Leontina una ligera sonrisa, le dijo:

—Hablemos un poco de todo: ¿has oído decir que la prima de tu marido se vuelve á casar?

—No... ¿y con quién?

—Rouzière... Enrique... creo... ¿le conoces?

—Sí; dijo Leontina.

Esta noticia, como suele acontecer con los rumores que circulan de boca en boca, no dejaba de tener algun fundamento. Julia, como era sabido, habia hecho bastantes coqueterias á Enrique Rouzière; pero este jóven se habia obstinado en no corresponder á estos preliminares más que con una notable indiferencia. Disgustada, desalentada, sintiendo ya las frialdades que el mundo proporciona á aquellas que hacen tiempo figuran en su teatro; presa ya del fastidio, vació el corazon y aun mas vacía la cabeza, Julia trató de buscar pasto en otra parte.

Por desgracia se acordó de Leontina: lamentándose de haberse apartado algo de esta amiga y resolviendo hacer pesar sobre ella sus ocios, sus atolondramientos, imaginó nuevos medios para satisfacer su necesidad de agradar á unos, de mortificar á otros, que era casi el unico móvil de su vida. Egoismo y ligereza, hé aquí dos ene-

migos peores aun que la malicia y la perfidia.

Así pues, sin afectacion, de la manera más natural del mundo, volvió á casa de la Sra. Rymbault; mas cariñosa que nunca. Dotada Leontina de un natural franco y generoso, no sabia dar pábulo á la desconfianza, y así, oidas las explicaciones que Julia le dió con desenvoltura acerca de sus ausencias, acogió sin trabajo á su antigua amiga, que tan amable se le volvía á presentar. No quiso ocultarle el profundo cambio que habia experimentado, y Julia no manifestó sorpresa ni disgusto. Todo lo comprendia, todo lo aprobaba, criticó su propia pasion por el mundo, y con la sonrisa en los labios suplicó á Leontina que la ayudase á salvarse.

Iba á pasar en casa de nuestra jóven las noches que no dedicaba al mundo, y con frecuencia se dejaba ver unos instantes antes de ir al baile ó al espectáculo. Cierta noche llegó brillante, toda engalanada é interesante aún, por más que sus treinta y cinco primaveras y el aguijon de los placeres hubiesen trazado en su esbelta frente algunas rayas, y amenazaran con algunos pliegues al ángulo de sus ojos. Colocóse junto á la chimenea con un pie sobre el morillo, frente al espejo que reflejaba su elegante talle, mal oculto por una manteleta de encaje; sus brazos ceñidos de brazaletes, sus hermosos cabellos negros semejantes á una onda de ceda; los jazmines y claveles encarnados de su peinado; todo este conjunto que en pleno día difícilmente podia deslumbrar, ofrecia á la luz artificial un aspecto muy capaz de seducir á algun incauto. Al otro lado de la chimenea estaba sentada Leontina en traje de casa, teniendo á Juana medio vestida en sus rodillas.

La hora adelantaba, Julia habia ya tomado su ramillete, é iba á salir, cuando se abrió la puerta del cuarto y entró René, algo mas temprano que de costumbre. Al ver á Julia pareció quedar embobado.

—Estás muy brillante, señora, le dijo:

Echóse á reir con gracia, pero los ojos de René no se separaban de ella como si la viese por vez primera.

—Soy una pobre mundana, añadió; Leontina es mejor que yo: es toda para Dios... y para V., querido René... nunca sale de casa.

—Mejor haria en seguir á V., y digo en seguir á V., porque en imitarla, prima es imposible.

—Nunca le he visto á V. tan amable, primo mio; pero es tarde: no quiero estorbar vuestros coloquios; os dejo.

Dicho esto apretó la mano de Leontina, besó la frente de Juana aceptó el brazo que René le



ofrecia y bajó con él. Cuando volvió dijo á Leontina en son de burla:

—Esta noche, querida, no estás interesante; con tus devociones lo olvidas todo. Mira á Julia tiene siete años más que tú, y sin embargo está siempre encantadora. Antes de dos años, gracias á tus beaterías y tus hábitos de santurrona te parecerás á tu difunta tia Delangle... esto promete.

Algunos dias despues Julia volvió: René se encontraba en casa, y le pareció más bella todavia si bien vestia un traje sencillo de seda negro, y en su tocado sólo se notaban algunos flecos de terciopelo carmesí; pero René ignoraba el arte y la coqueteria que habian precedido á este modo de vestir. Estuvo alegre, animada, habló; contó mil chascarrillos, en que la fama del prójimo no anduvo muy bien parada, y como generalmente se concluye por hablar de música, se acercó al piano y cantó con voz interesante dos ó tres trozos de Rosini. René la escuchaba con placer, y Leontina, cuya alma no era capaz de maliciar, recordaba otra voz más deliciosa y pura que habia oido algunos dias antes: la voz de Teresa, que entonaba en una comunidad de mujeres el *Ecce Panis Angelorum*, llenando de armonía las sagradas bóvedas y de emoción los corazones de los asistentes. Nunca esta voz habia entonado cantos teatrales, jamás habia sido profanada por los acentos de la pasión y de la molición; solo habia hecho oír las alabanzas del Señor con la música de los génios sublimes que le han consagrado sus inspiraciones más perfectas. Nadie, excepto su familia, conocia su talento; nunca se la habia aplaudido como artista; sus triunfos consistian en las lágrimas que habia hecho derramar y en las ondas de amor que en alas de la música habia hecho subir al cielo.

Mientras Leontina se entretenia en estos pensamientos, Julia cantaba á más y mejor, y René, de pié junto al piano, le hablaba algunas veces en voz baja.

## XI.

### Pruebas.

¿Qué habia pasado? Leontina de nadie sabia sospechar pero afligida con nuevas penas sentia sobre sí misma el influjo de una secreta hostilidad, cual se siente el enfriamiento del aire al paso de una nube que viene del Septentrion. Julia en efecto, la habia utilizado en otro tiempo; cuando ella atraía las simpatías del mundo más que la jóven tímida á quien eclipsaba con su

nombre; pero ahora veia acercarse el momento en que su belleza debia pasar á la historia: por ende envidiaba las gracias de Leontina, su juventud, su atractivo; oía como otros la ensalsaban, como sentian su ausencia del mundo, como apreciaban la grandeza de su carácter. Estos elogios y apreciaciones atizaban la antipatía que empezaba á nacer en el corazón de la Sra. de Therigny, ¡Es tan cómodo aborrecer á los ofendidos para justificar las propias faltas! Julia no faltó á esa lógica de las malas pasiones, é hizo de René el instrumento de sus odiosos secretos, que ocultaba bajo el velo de caricias y palabras aduladoras. Cabóse sobre todo en sembrar en su espíritu la desconfianza y el desprecio contra la piedad de Leontina, inspirándole los celos de peor especie, los celos sin amor.

Esta simiente debia germinar y echar raices en el alma de René, alma sin grandeza, que no sabia elevarse á las sublimes y puras regiones del Catolicismo. Todo concurría por otra parte á fomentar esta fatal disposicion: libros, periódicos, folletos y toda clase de funestas publicaciones. Juntando á esto la perniciosa influencia de Julia, que ponía empeño en zaherir con agudas sátiras todo lo que transcendia á virtud y recogimiento, fácilmente se comprenderán los sinsabores que habian de llover sobre Leontina, en confirmacion de aquella sentencia de san Pablo: *Qui pie volunt vivere in Christo Jesus, persecutionem patientur.*

—¿Te has confesado hoy, Leontina? dijo René un dia despues de comer.

—Sí, contestó Leontina; me he preparado para el dia de la Purificación.

—Me alegro de saberlo, pues queria hablarte sobre esto. Tengo que decirte que no apruebo confesiones tan frecuentes; ¿qué diablos tienes que decir?

—Muchas cosas; como ofendemos á Dios tan á menudo, hay necesidad de consejo y apoyo.

—Una mujer honrada no debe tener otro consejero que su marido, dijo magistralmente René. Un tercero está siempre de más en una familia.

—¿Un tercero? ¿un sacerdote?

(Continuará.)